

—Pero ¡ay! que no puedo más ; el dolor me mata !—dice.

En el acto, conmovido el joven viajero, con resolución impropia de sus pocos años, atraviesa la maleza y las espinas que lo separan de un arroyo, llena su sombrero, da de beber al cabrero, lava la herida, y ciñe el tobillo y pie con su pañuelo de batista.

—¿Dónde habitas ?—le pregunta.

El pastor señala una aldea en lo alto de la montaña.

—Allí no puedes ir, dice el improvisado cirujano. Ven conmigo á Carpinetto y encontrarás lo que te haga falta.

El herido sonrió de agradecimiento, y apoyado en su protector, llegó y fué subido al carruaje.

—Pero ¿qué pensáis hacer, Joaquín ? dijo el ayo al ver llegar el herido.

—Pues lo que haria cualquier cristiano. ¿Podemos dejar abandonado á ese pobre niño herido?

—Pero si lo lleváis á casa, ¿qué dirán vuestros padres ?

Que he hecho bien, dirán sencillamente. ¿Es cosa extraordinaria ó mala auxiliar á un pobre niño y curarle de una herida ? Todos harian otro tanto.

El ayo dió entonces una palmada de satisfacción en la espalda de su discipulo, y el carruaje partió veloz en dirección á Carpinetto.

Al llegar á casa de Joaquín, su madre quedóse absorta viendo el huésped inesperado que le traia su hijo, ya que nada tenía de agradable por su traje, aunque lo fuera por su agraciado rostro, colocado dentro de un marco negro formado por su abundante cabellera; mas cuando oyó á su hijo contar el encuentro y el estado del pobre, hizo llamar ápresuradamente al médico de la casa y cuidar al muchacho.

Joaquín, al ver tal recibimiento, vertió lágrimas de gratitud y de alegría, lanzando sus grandes y bellos ojos centellas de felicidad.

—¿He hecho bien, madre ?

—Sí, hijo, has obrado bien.

Y alegre y satisfecha abrazó á su hijo, oprimiéndole contra su corazón.

Aquel Joaquín, viajero delicado y caritativo, era Joaquín Pecci, hoy León XIII.

---

### Una anécdota del P. Lacordaire.

Hacia el año 1846 el P. Lacordaire se dirigía al Jubileo de Lieja, y tenía por compañero de viaje á un hombre de sociedad. Un viernes de Cuaresma al pasar á cenar en una fonda, el dominico se contentó con